

# RECUERDOS DE MI ABUELO EL DOCTOR ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Por *Enrique GONZÁLEZ ROJO*, hijo

Mi abuelo, el doctor Enrique González Martínez, murió el 19 de febrero del año en curso; yo soy una de las personas que, en sus últimos 13 años, vivió más cerca de él, no sólo en el sentido espiritual, sino, asimismo, de una manera física, ya que nuestras alcobas estaban una al lado de la otra. Yo soy, en consecuencia, una de las personas que guarda una memoria más fiel, no sólo de su mundo psíquico o de su estructura emocional, sino, también, de sus ademanes, de sus pasos inconfundibles, del sonido de las respiraciones isócronas que, durante la noche, eran una prueba del descanso amable y del sueño dócil, y de su voz con la que todas las mañanas me despertaba.

Cuando murió mi padre, el poeta Enrique González Rojo, él, mi nuevo padre —como yo lo llamé desde ese día— me llevó a su casa. Yo completaba, entonces, diez años. Y, desde ese momento, se dedicó, con especial cuidado, a dirigir mi educación. Me inició en la lectura. Yo, que a esa edad no había leído nada, y que en los más jugosos cuentos de Andersen o Perrault, instalaba el "colorín colorado" después de haber pasado, a lo más, la primera página, me encontré en un ambiente esencialmente cultural; todo mundo, en mi casa, respetaba lo artístico; mi abuelo, en plena posesión de las más altas facultades creadoras, trabajaba incansablemente sobre la máquina de escribir. Los poemas iban y venían. Y no sólo poemas. También prólogos, artículos, críticas, memorias. Me

tocó a mí la época más interesante de la vida de mi abuelo; más interesante porque tanto su lirismo como su pensamiento estaban, afinados, precisamente en la cúspide de su existencia. Su lirismo, que había comenzado por repudiar todo ornato superfluo y que, ante el lloriqueo de otros poetas, odiaba ser, batuta en la mano, el director de una caja de música, había huido de la poesía circundante para abordar una más sólida, para llegar desde el yo a la sociedad, al amor al hombre y a la vida.

Se ha hablado mucho de que mi abuelo, tras amar el cisne de la belleza exterior, reaccionó contra éste poniendo en su lugar al buho de la sapiencia y de la interioridad; pero yo pienso que este proceso, dicho de la manera anterior, está inconcluso. Sería bueno gritar que mi abuelo, en una asombrosa dialéctica espiritual, comenzó con el cisne

un cisne alarga el cuello lentamente  
como blanca serpiente  
que saliera de un huevo de alabastro...

siguió con el buho

El no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta  
pupila, que se clava en la sombra, interpreta  
el misterioso libro del silencio nocturno;

y terminó con la paloma. Comenzó con la belleza exterior, siguió con la descripción del ambiente psicológico personal y terminó, sintetizando, con una bella profundidad representada por la paloma, o, dicho de otra manera, fue del individualismo interior e interrogante para llegar, finalmente, al más sincero colectivismo, a la suma de su existencia y de la vida de los hombres que lo rodeaban.

Yo afirmo, desprendiendo estas palabras de mi constante contacto con

su manera de pensar, que la paloma no es más que esto; cualquier interpretación que no tome en cuenta este afán social de una convivencia pacífica, en la que la humanidad tenga tiempo de organizarse, falsea, con una errónea exégesis, el sentido simbólico de su paloma. No se crea, por lo dicho anteriormente, que mi abuelo no aprobaba la revolución planificada o el movimiento social en contra de la opresión económica; no, mi abuelo reconocía que, tal vez, el único método que existe para la socialización, es, por desgracia, el revolucionario. Pero él odiaba, con todas sus fuerzas, la guerra inútil al movimiento de igualdad humana.

Unos momentos antes de fallecer, mi abuelo murmuró: "Enrique, lo único que siento, ahora que voy a morir, es no estar contigo en la caída de este odioso capitalismo". Estas palabras revelan que su paloma, no era un animalillo tímido y tembloroso, sino que, cuando era necesario, sabía convertirse en ave de presa y luchar, en gloriosa cetrería, por lo que amaba.

Dicen ciertos filósofos actuales que el hombre está compuesto por una existencia y una esencia, y que la muerte, que es la coincidencia de ambos términos, solidifica al hombre. Si mueres cobarde, serás cobarde, si mueres con valentía, serás valiente. Mi abuelo, al quedar solidificado por la muerte, se nos presenta como sereno, torturado y alegre. Vió la luz desde estas tres dimensiones. La serenidad, que siempre lo caracterizó, le hizo decir momentos antes del tránsito: "no lloren, la muerte es el fin natural del hombre". La tragedia, que fué el barniz inconfundible de sus versos, le llevó a los labios, minutos antes de morir, en medio del dolor físico, las palabras siguientes: "Qué duro es morir". Y la alegría, que, en su obra, ocupa un lugar tan importante, le hizo bromear constantemente con todos los que, a su alrededor, éramos presa del más intenso de los dolores.

Todos los hombres poseen unos recuerdos claros y esplendentes y otros neblinosos e inseguros, yo guardo multitud de los primeros en lo que se refiere a las conversaciones con mi abuelo; recuerdo, casi

con precisión, frases completas, matices de su voz, argumentos de fuerza y salidas ingeniosas. Como nuestra familia ha emulado, aunque modestamente, a las familias de Bach o de Couperin, ya que, como éstas, durante varias generaciones ha presentado personas que se dedican, con especial atención, a una misma actividad artística, recuerdo que mi abuelo, hijo de una poetisa, hermano de otra, padre de un poeta y abuelo mío, era un crítico familiar, un vértice regulador que nos guiaba a todos al camino personal o al silencio voluntario. Y no sólo fué un consejero literario, un crítico sagaz y comprensivo, sino que, principalmente, era un consejero profundamente humano que, a cada instante, si es que esto se puede decir, se acercaba más a la vida.

Yo deseo que algún día se realice un estudio cuidadoso de sus tres más extensos poemas que son "El Diluvio de Fuego", "Babel" y "Principio y Fin del Mar", porque, principalmente los dos primeros, contienen un documento humano de valor, traducido a un lirismo lleno de claridad y audacia que podrá servir mañana para orientar, con su belleza, a los pueblos de habla española hacia una convivencia humana más fraternal. Babel es un poema todavía poco difundido, ha llegado a manos de un pequeño grupo de lectores, no ha producido aún la debida impresión. No sólo posee una espléndida forma y un mensaje en consonancia con el ideal de la humanidad oprimida, en un canto plagado de momentos de un intenso lirismo, sino, también, es un poema lleno de dramáticos instantes de tensión. Babel representa, dentro de la obra de mi abuelo, el tránsito de su problema personal al problema colectivo. Ya no se siente sólo unido a las cosas, al árbol, al paisaje y a la fiera, ya no pretende tan sólo regar las piedras que se encuentran sepultadas, sino que ahora se interesa, además, por el hombre y sus problemas sociales; sueña con la paz, grita contra las escisiones humanas provocadas por el racismo o la religión, por la propiedad o la frontera.

Para describir el carácter de mi abuelo hay que empezar por su

manera de ser cotidiana; era un conversador formidable, no sólo gustaba de platicar, sino que paladeaba la conversación; era, en lo que se refiere al buen humor y a la broma, un incansable y entusiasta contador de anécdotas; su memoria, una memoria de más de setenta años, asombraba por lo variada y firme; a veces, sin embargo, cuando unía su talento imaginativo con la memoria, resultaba que las anécdotas, antes sencillas, se veían reformadas, por su exageración, en relatos increíbles de regocijante farsa. La verdad era conscientemente sacrificada en aras de la alegría. Su repertorio anecdótico era enorme porque provenía de lugares tan disímiles como son una provincia, una capital o una corte, un grupo literario, una academia o unos juegos florales, una reunión, un banquete o un homenaje.

Hay que hacer notar que si mi abuelo, en la última época de su vida, abrazó con mayor entusiasmo que nunca el problema social, no quiere decir que haya abandonado sus ideales pretéritos. Era mi abuelo un hombre inquieto por todo lo que se denominara artístico, por la pintura, la música, etc., y, en lo que se refiere a la poesía, estaba siempre al tanto de las actividades de los más jóvenes poetas, de las escuelas o agrupaciones que, como toda vanguardia, llevaban, aún, pantalones cortos; gustaba, y era un gran conocedor, de la poesía clásica; Góngora, Lope de Vega y Quevedo eran sus dioses mayores. Su cultura era extraordinariamente amplia ya que, además de sus conocimientos de índole literaria, poseía, por su profesión de médico, una sólida cultura científica. Era un lector incansable, miles de libros pasaron bajo sus ojos. Cuando yo volvía de mis clases en la noche, lo encontraba siempre leyendo; comentábamos, por lo general, su lectura, y, a veces, nos desvelábamos un poco leyendo pasajes de la obra. ¡Cómo quisiera yo que existiese un libro capaz de desvelarnos de la muerte! Conservo con gran cariño los últimos cuatro libros que leyó, porque pienso, cuando abro sus páginas, que algunas letras guardan algo de su mirada, de ese barniz atento de su mirada inquisidora, mirada que se quedó leyendo, con una atención inverosímil, la llegada de la muerte.